

QUÉ QUIERE DECIR REALIDAD

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. José Luis Pinillos Díaz*

Majestad, excelentísimas señoras y señores académicos, autoridades, queridos amigos:

Como todas las cosas, la palabra 'realidad' comenzó por no existir. La lengua de Homero no llegó a tenerla. Surgió en el bajo latín del siglo II de nuestra Era, cuando hacía milenios que culturas orientales habían intentado explicar el origen del mundo de la mano de los mitos. No es éste un tema en el que vayamos a entrar, pero sí quiero señalar desde ahora que la mitología desempeñó un papel importante en este asunto, mucho antes de que hubiera aparecido la palabra 'realidad', y después.

Esta palabra apenas cuenta con mil años de existencia. Hoy es ya un vocablo polimorfo sobre el que todas las Reales Academias y otras personas tendrían muchas cosas que decir. Pero, dado el tiempo de que dispongo para leer este discurso, habré de limitarme a exponer aquellos puntos de vista que considere más apropiados para aclarar, en lo que pueda, qué es lo que significa la poliédrica y escurridiza palabra 'realidad'. Verán que es una palabra que da mucho de sí y no se deja atrapar por ninguna definición.

GRECIA Y LA NOCIÓN DE REALIDAD

Aunque acabamos de decir que la palabra realidad no existió en griego, hubo quien pensó que, dada la riqueza cultural de esa lengua, la noción de realidad podría haber funcionado en el pensamiento helénico incluso en ausencia

* Sesión del día 15 de octubre de 2007.

del término apropiado para nombrarla. Xavier Zubiri, por ejemplo, no dudó en enmendarle la plana a Aristóteles, objetándole que más que un zoon politikon, el hombre era un zoon de realidades. No pudo completar la frase en griego.

No obstante, en el libro de Zubiri *Naturaleza, Historia, Dios*, la palabra realidad aparece en el índice temático. Una de las definiciones que propone es “fuerza de ser” y, aunque la definición es buena, ello no prueba que en la filosofía griega funcionara tácitamente esa noción. El vocablo griego más cercano a la non nata palabra ‘realidad’ fue *alétheia*, que significaba ‘verdad’.

Las tradiciones de la Grecia ágrafa a que dió forma literaria Homero en *La Ilíada* y *La Odisea* (c. siglo VIII a. de C.) estaban plagadas de mitos y leyendas sobre lo ocurrido en una guerra, la de Troya, que ya había terminado hacía cinco siglos. Y como los mitos no dan razón de las historias que cuentan, y se transmitían oralmente, ello sumió al pueblo griego en una confusa nube de fantasías y ensueños que nunca se aclaró del todo.

El año 1976, Julian Jaynes publicó un libro fascinante en el que explicaba, entre otras cosas, qué es lo que los griegos de entonces entendían por *psyché* 1. El yo de los personajes de *La Ilíada*, el yo homérico, era un campo de fuerzas abierto a las voces de los dioses, de la familia y de las autoridades de la pólis que no reflejaba la realidad. Las situaciones conflictivas en que los héroes habían de tomar partido nunca se resolvían por decisión propia, por una resolución que emanase de ellos mismos, de su voluntad. Los héroes pasaban sin solución de continuidad de la indecisión a la acción. Y en estos casos, Homero hacía intervenir a una divinidad que “orientaba” el corazón del héroe en un sentido donde el “mí mismo”, el *Moi*, el *Self* no aparecían más que como dativos de destino.

Hoy, “oír voces” es un síntoma o un indicio de esquizofrenia, pero entonces era un privilegio; significaba nada menos que los dioses hablaban a alguien y sólo él podía oírles. La epilepsia era también una enfermedad sagrada, y Jaynes se preguntó entonces cómo era la psique de los héroes de *La Ilíada*. Concluyó que los héroes homéricos no tenían ego, o que lo que tal vez tenían era un ego vicario, un ego que hacía las veces del de otros.

No parece, pues, que la noción de realidad jugara en Grecia un papel muy destacado, ni por la vía del logos ni a través de la ciencia. Entonces, alguien podría preguntar qué por que hemos dedicado a este asunto tanto tiempo. Pues porque, como cantan las bailarinas de Hawái, el que no conoce la historia de la danza no puede bailar.

En los siglos III y II a. de C. surgió en Alejandría una ciencia que se anticipó veinte siglos a importantes descubrimientos de la “nueva ciencia” del siglo XVII.

Sin conocer esa ciencia moderna *avant la lettre*, no es posible entender lo que pasó después. Esa ciencia estuvo encabezada por figuras como Euclides, Arquímedes, Aristarco de Samos y otros eminentes hombres de ciencia de la Biblioteca de Alejandría, cuyos escritos se extraviaron durante los “siglos oscuros” de la caída del Imperio de Occidente. La ciencia moderna empezó a ser reconstruida a partir del siglo XI, cuando filósofos árabes y profesores que se iban de Bizancio hicieron valiosas traducciones y comentarios de los textos científicos que se iban recuperando.

Apoyada en esa ciencia moderna, que por fin triunfó en Europa el siglo XVII, y que en España persiguió la Inquisición, la Ilustración empezó a “convertir” la Cristiandad en una sociedad secular cada vez más preocupada por la realidad de la vida en este mundo.

REALIS, REGALIS Y REALIDAD

El concepto de lo real surgió en el bajo latín, de la mano de la palabra *realis*, un derivado de *res*, *rei* (acto, cosa), y éste posiblemente de *reor* (contar), o viceversa, que significaba ‘*re vera existens*’, ‘cosa que verdaderamente existe’. Solo que como el número de cosas que verdaderamente existen en el mundo es ilimitado, Cicerón y otros escritores de su tiempo acabaron aplicando el término *realis* a todo lo divino y lo humano: *urbi et orbe*.

El término *realis* cubría en sus designaciones las cosas más dispares. Objetos, actos, situaciones, actitudes, hechos naturales, cuerpos, criaturas, enseres, bienes de fortuna y qué sé yo más, fueron acomodándose poco a poco en el campo semántico que hoy llamamos realidad. El proceso de adaptación fue largo y complejo, pero lo que conviene destacar ahora es que la lengua latina en que surgió el término *realis* tenía muy poco que ver con el griego. El latín era la lengua de un pueblo con vocación de Imperio que, para imponer su ley en países muy distintos y lejanos, debía conocer el terreno que pisaba, y no dejarse engañar por las apariencias. O sea, debía conocer algo parecido a lo que todavía hoy la gente viene a entender por realidad.

Esta palabra no apareció en la literatura española hasta principios del siglo XV. A veces se confundía con el término latino *regalis*, derivado de *rex*, *regis*, que significaba *regio*, y se refería a las personas reales y su patrimonio. “Plantar sus reales”, por ejemplo, significaba que el Rey —o sus ejércitos— habían ocupado un lugar que les pertenecía o habían conquistado. En la Real Academia Española se conservan textos de alabanza y gratitud a los Reyes por la ayuda que prestaban a algunos de sus súbditos. En un libro que estoy escribiendo sobre estos temas tendré la ocasión de reproducir alguno de esos candorosos textos.

Ahora bien, el verbo “ser” del castellano antiguo, aparte de designar las cosas tendía a decir qué es lo que eran. En su Historia de la Lengua Española, don Ramón Menéndez Pidal advirtió el influjo de la filosofía escolástica en varias obras. Había en ellas todo un programa de selección lingüística. A las cosas era indispensable llamarlas por su nombre. No se podía mudar una letra sin alterar toda la palabra, ni era posible cambiar una palabra sin viciar “toda la ‘entención’ e toda la suma”. La conjunción de los períodos iba a menudo sólidamente asentada en la sucesión de las conjunciones lógicas, causales y consecutivas, como porque, pues, ende. Al verbo ser parecía serle inherente una intencionalidad no sé si ontológica, pero que sí podía considerarse como un reflejo del fondo dogmático en que la Iglesia Católica apoyaba su estructura, y como un eco de las definiciones esenciales propias de la filosofía aristotélico-tomista (más tomista que aristotélica).

Nadie ignora que la lengua española no ha sido sólo eso. Ha sido y es mucho más, pero yo no sería leal con ustedes si no confesara que las observaciones de Menéndez Pidal despertaron en mí el recuerdo de un pasaje que Hervás y Panduro, el fundador de la gramática comparada, escribió como introducción a su famoso Catálogo de las lenguas:

“Todos los hombres, al empezar a hablar una lengua, empiezan a dar a sus ideas el orden que a las palabras de ellas se da según su propio artificio gramatical. En unas lenguas, la partícula negativa, por ejemplo, se pone siempre al principio de la oración, en otras al fin, y en otras se introduce en medio de las sílabas que componen la dirección llamada verbo... Esta misma variedad sucede con las direcciones que se llaman artículos, y con otra clase de direcciones, y según ella los hombres en sus respectivas lenguas hablan, y también piensan. Una nación, pues, que habla y piensa según el artificio gramatical de su lengua no muda jamás este método de hablar y de pensar... El orden de las ideas en cada hombre es según el de las palabras de su lengua; o es según el orden que el artificio gramatical de ésta da a las palabras”.

Ahora bien, desde que Hervás y Panduro escribió lo que acabamos de oír, en Europa empezaron a producirse cambios que no dejarían de afectar a la lengua española. El español nunca se había compaginado bien con el principio de superación de los opuestos y lo mismo ocurrió con el idealismo, con el psicoanálisis de Freud y con los estructuralismos y postestructuralismos del siglo XX. Sin duda, estos movimientos agilizaron las estructuras del español, pero de lo que no estoy tan seguro es de que esos cambios hayan logrado modificar el método de hablar y de pensar a que se refería Hervás. Más adelante volveremos sobre el tema.

LENGUAJE Y REALIDAD

Como ya se sabía, lo que uno piensa de las cosas nunca es del todo ajeno al idioma que se habla. Ciertamente, la palabra latina *realis* no se pudo comparar con su inexistente homónima griega, pero hoy es relativamente sencillo hacer un análisis comparativo del significado de la palabra realidad en distintos idiomas.

En alemán, la palabra *Wirklichkeit* (realidad en el español corriente) connota un parentesco con verbos como crecer, hacer, obrar, sacar adelante, producir, ser activo y eficaz, que conllevan una actitud meliorativa de lo real. *Werk* (obra, acción) es un sustantivo que, además de guardar cierta relación con la palabra verdad, significa labor, tarea, trabajo, empresa, producción, empuje, innovación. Otra nota distintiva de lo alemán es también, como se sabe, la *Gründlichkeit*, la profundidad y solidez de lo que se hace. En suma, lo que Alemania entiende por *Wirklichkeit* es la fecundidad del trabajo de un pueblo que, como ya había escrito Tácito, no conoce el reposo. A los alemanes, más que definir la *Wirklichkeit*, lo que les importa es mejorarla. Y tampoco estaría mal recordar que, hace ya más de dos siglos, Kant ya señaló que los términos de origen latino *realitas* o *Realität* no eran sinónimos del término alemán *Wirklichkeit*.

En fin, a propósito de todo esto quisiera añadir que en 1936, Benjamín Lee Whorf, un destacado alumno del M.I.T, desarrolló una teoría en la que sostenía que, en último término, la lingüística era fundamental para todas las ciencias humanas porque todos los niveles superiores de pensamiento dependían del lenguaje. Esta teoría contaba con el apoyo de decenas de estudios, pero requería tener presentes ciertas precisiones que su autor no llegó a conocer.

El filólogo alemán Karl Vossler, valga el ejemplo, descubrió tres clases o niveles de lenguaje que poseían todos los idiomas. Primero, el *Muttersprache*, o lenguaje materno, que es en el que arraigan y dejan su huella para siempre los sentimientos que desarrolla el niño en sus primeros años. En segundo lugar, el *Fachsprache*, o lengua de las especialidades, y por último el *Sachsprache*, el lenguaje ordinario en que se habla de todo un poco.

Lo que en el fondo pensaba Vossler era que aunque los hijos de un inmigrante hablaran ya el inglés igual que un nativo, fueran capaces de cursar sin problemas carreras difíciles, o pudieran aprender fácilmente a pilotar un avión, en su lenguaje materno siempre podía quedar un poso de resentimiento contra al país a que emigraron sus padres, sobre todo si no les había ido bien.

En 1956, por razones que ahora explicaré, participé en un coloquio del Departamento de Business Administration de Harvard, sobre unos programas americanos de relaciones humanas que había adaptado al español. Las empresas

españolas que los implantaban mejoraban su cuenta de resultados, los obreros cumplían sin dificultad las nuevas reglas de comportamiento que regían en la empresa, pero... pero su idea de los americanos seguía siendo la misma de siempre: negativa. Quizá la heredamos de la guerra de Cuba.

Los profesores de Business Administration no habían leído a Vossler, pero se opusieron a sus teorías, porque en América “ya se sabía” que los hijos de los emigrantes se adaptaban sin dificultad a las costumbres y maneras de pensar americanas. La reunión se convirtió a no tardar en un diálogo de sordos. Los profesores de Harvard decidieron que en América las cosas no funcionaba como decía Vossler, que el profesor español tampoco parecía saber mucho de los Estados Unidos y entonces se fueron y me dejaron con la palabra en la boca.

Decipimus specie recti, ‘nos engaña la apariencia de la verdad’, son las tres palabras magistrales que escribió Horacio a propósito de este tipo de errores. Han transcurrido ya seis años desde aquel horrible 11 de septiembre, y más de una vez me he preguntado si alguno de los profesores americanos que participó en aquella reunión de Harvard habría entendido por fin que Nueva York había sido víctima de un pertinaz error lingüístico, propio del complejo de superioridad de todos los imperios.

Schelling fue quien, desde el idealismo alemán, explicó que las fuerzas que movían el proceso de los mitos eran fuerzas surgidas del interior de la conciencia. El mito era un proceso de dentro a fuera, von innen heraus, cuya imagen fantástica desempeñaba una función subjetiva sin la cual el hombre jamás podría encontrar su objeto adecuado en el mundo exterior. A finales del siglo XIX, el idealismo se hizo notar en España y, ya en el XX, Ortega dijo que aquellos locuaces mediterráneos necesitaban de la charla y la disputa, que en efecto la palabra más prestigiosa para ellos era el lógos, y que la ciencia más alta había sido la dialéctica. Años después, en su notable libro *Mythe et pensée chez les grecs* (1973), Pierre Vernant demostró que en Grecia faltó siempre la conexión entre la matemática y la física, entre el cálculo y la experiencia. O sea, que al mundo griego nunca le fue bien la medida exacta. Fue un punto de vista del que también participó Aristóteles.

LOS DICCIONARIOS

Los diccionarios de uso están hechos con criterios lexicográficos para informar al público del significado de las palabras, pero no para ahondar en los complejos problemas de otro orden que a veces plantean esas definiciones. Pondré algunos ejemplos.

En uno de nuestros buenos diccionarios, la palabra 'realidad' cuenta con tres acepciones. En la primera, 'realidad' se define como "existencia real y efectiva de algo". Parece que está bien. Sólo que si uno consulta la palabra "algo" en el mismo diccionario, ve que 'algo' es un pronombre indefinido que designa lo que no se quiere o no se puede nombrar.

En una segunda acepción 'realidad' significa "verdad, lo que existe verdaderamente". No está mal. Excepto que si uno consulta la palabra 'verdad', descubre que se define como "conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente". Está bien, excepto que las cosas a que se refiere esta conformidad son objetos físicos de los que siempre hay una intuición sensible. De fenómenos mentales como ideas o pensamientos no hay propiamente concepto, y eso plantea serios problemas a la hora de definir la realidad en el mundo de lo humano. Y finalmente, en su tercera acepción, "realidad" se define como "lo que es efectivo o tiene valor práctico, en contraposición con lo fantástico o ilusorio". La contraposición existe, desde luego, pero no siempre.

Otro excelente diccionario del español actual, define la realidad en su primera acepción como "cualidad de lo real", y alude, simplemente alude, a la relación de las diversas teorías del espacio con la clase de realidad de que se habla. De lo "real" se dan también varias definiciones razonables, como por ejemplo "que tiene existencia verdadera", pero se añade que lo real no se entiende sólo como la pura materialidad de las cosas, sino que ésta puede ir envuelta en un halo de poesía o trascendencia. Lo cual sitúa la cuestión en un orden metafísico que excede el ámbito propio de los diccionarios de que hablamos.

No obstante, antes de pasar página, me gustaría decirles que nuestro compañero Ignacio Bosque, de la Real Academia Española, ha puesto en marcha una nueva Ars Magna Combinatoria, mediante la cual es posible descubrir significados de la palabra realidad que habían pasado hasta ahora desapercibidos. Aberrante, abrumador, actual, ajeno (a), apremiante, asfixiante, crudo, visos, acepar y, así hasta un centenar, son términos que combinan con la palabra realidad. Parece que no es fácil encontrar para esta palabra una significación definitiva.

LA IMPRESIÓN DE REALIDAD

La impresión de realidad que acompaña al ser humano a lo largo de su vida se va formando en los niños como un sentimiento de existencia connatural a su ser. Al niño nadie tiene que explicarle que si le pasa algo, bueno o malo, le pasa a él. Aprende poco a poco a cuidar de sí mismo, sin necesidad de que nadie le diga que existe y que es un ser real. Si alguien duda de su propia existencia y lo hace

metódicamente es un filósofo que trata de probar una teoría, o un émulo de Lewis Carroll en Alicia en el país de las maravillas, o un enfermo mental que necesita asistencia psiquiátrica.

La puesta entre paréntesis de los llamados hechos de conciencia es sin duda alguna una hipótesis razonable de las ciencias de la naturaleza. Si se convierte en un dogma, es ya otra cosa. Entonces no es más que el supuesto que necesita el materialismo para hacer de él una ciencia natural. Se trata de la necesidad de que sea la concatenación causal el único principio que realmente dé razón del orden del universo.

Sin duda, los llamados hechos de conciencia son fenómenos subjetivos y no hechos físicamente observables, objetivos. Es cierto. Y justamente por ello no es posible poner una laminilla de conciencia en la platina de un microscopio para observarla o manipularla. Ya Homero en La Iliada decía que los pensamientos de una persona sólo se hacían manifiestos en su conciencia. Y sin embargo, todo el mundo sabe también que esos pensamientos o intenciones subjetivas pueden determinar acciones reales. Por lo demás son acciones reales que deben ser juzgadas por das Gewissen, la conciencia moral.

El mecanicismo nunca ha conseguido demostrar que esa evidencia universal sea irreal. Alguien me objetó sin embargo en un congreso que algún día se fabricaría un instrumento para ver el pensamiento ajeno. No parece fácil, porque los pensamientos se entienden, pero no se ven.

En suma, en todo este asunto media un importante pensamiento de Platón, según el cual real es todo lo que produce efecto. El problema es que semejante efecto puede ser sólo subjetivo, por ejemplo una mera intención pasajera, o puede ser una decisión que determine una acción real. Como quiera que sea, se trata de un problema metafísico. Yo probaría fortuna en el idealismo crítico de Kant.

Con el idealismo la realidad se aleja por el abismo abierto entre la mente y el mundo exterior. El carácter cósmico inamovible del realismo desaparece. El acceso a lo real se problematiza y la realidad deviene una construcción. El idealismo, en especial la filosofía kantiana, el psicoanálisis de Freud y los estructuralismos contribuyeron, como ya dijimos, a crear una concepción más fluida y ascendente de la realidad, o sea, a ir superando un realismo cósmico que no está a la altura de los tiempos, aunque todavía sean mayoría los que piensan lo contrario.

QUÉ QUIERE DECIR REALIDAD

De joven leí un libro de Eddington sobre *La naturaleza física del mundo*, en el que comparaba una mesa corriente con una descripción científica de la misma, donde casi todo era espacio vacío y una cantidad imperceptible de materia. Resultaba difícil compaginar una descripción con la otra, y leí con suma atención las críticas que el autor hacía de la noción física de la realidad. Y debo decir que la crítica que más me gustó, porque venía a resumirlas todas, fue la que se refería a la imposibilidad de lograr una visión científica de la realidad susceptible de ser considerada como la casa del hombre.

No soy un científico, y no me voy a meter en camisa de once varas, pero a las dificultades que mencionó Eddington en su libro añadiría una que, a mi juicio, deja pequeñas a todas las demás. Me estoy refiriendo al abismo metafísico que separa la realidad empírica del mundo fenoménico del sustrato supraempírico que según Kant subyace a ella y la fundamenta.

Kant se dio cuenta de que el concepto de realidad no es unívoco para los efectos del saber humano y que el esfuerzo mismo por saber carece de esa misma univocidad. Establece una diferencia tan abismal entre la realidad fenoménica y la nouménica que no es fácil integrarlas en una visión unívoca.

Para Kant, la realidad es la primera de las categorías de cualidad que corresponde a la función afirmativa de juzgar. Junto con las restantes categorías de cualidad —negación y limitación—, suministra los principios que anticipan la percepción. Como un principio puro del entendimiento, la realidad se define como lo que corresponde a una sensación en general, o el concepto que señala que algo existe (en el tiempo). El tiempo es constitutivo en el mundo fenoménico, pero no lo es en la esfera noumenal de razón.

Las ideas de razón de Dios, mundo, alma o sujeto pensante no tienen intuición alguna que determine su realidad objetiva teórica. Sin embargo, en la ley moral, en la relación práctica, aunque no hay una intuición que determine su realidad teórica, no por eso no tiene el concepto de causalidad una aplicación menos real, ya que se deja exponer en intenciones o máximas. Consigue dar a la razón con sus ideas realidad objetiva práctica, al ser ella misma en el campo de la experiencia causa eficiente por medio de ideas. Es decir, podemos mediante las categorías pensar entes suprasensibles aunque no conocerlos. El pensamiento propiamente dicho se refiere a estas ideas de la razón. La metafísica, como ciencia de lo real, consiste en el análisis y esclarecimiento progresivo de estos conceptos.

El año 1900, Sigmund Freud publica un libro sobre *La interpretación de los sueños* que rompe con el mito de la absoluta objetividad de la razón, compar-

tido por la ciencia y la sociedad de entonces. Interpretando a Freud, dice Lacan en La ética del psicoanálisis, los idealistas de la tradición filosófica son poca cosa, porque a ultima hora no se enfrentan seriamente a la famosa realidad, sólo la domestican. El pensamiento, por su propia naturaleza, acontece de acuerdo con medios inconscientes. No aparece a nivel del principio de realidad, y aunque no es controlado por el principio de placer, ocurre en un espacio que, como espacio inconsciente, debe ser considerado sujeto al principio de placer.

Dicho en román paladino, Freud pensó que la dirección de los asuntos de la vida se llevaba desde unos bajos fondos que el hombre de la Ilustración no se atrevía a mirar cara a cara y se decidió a escarbar en ellos. Creyó descubrir que el inconsciente era de suyo un deseo de placer anterior a la palabra. Como quiera que fuese, en el espacio de la imaginación tuvo lugar una escena del Fausto de Goethe, en la que mientras el protagonista está pensando rodeado de libros, Mefistófeles le observa y, en un aparte, dice para sí: *Du glaubst zu schieben and du bist geschoben*. Crees que empujas y te empujan. Pero ¿qué o quién es lo que empuja? ¿y hacia dónde?

Es una pregunta que excede de este discurso. Pero: *Rem tene, verba sequentur*. Trabaja la materia, que las palabras vendrán. Eso escribió Horacio y eso espero yo.

Muchas gracias a todos.